

OBSERVACIONES

MISTERIOS Y FENOMENOS DE LAS PECERAS

Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA

ESPECIAL PARA "CARAS Y CARETAS"

Yo tengo una pecera y mi pez me invita a entrar en su pecera muchos ratos.

Algunos ratos me mira con compasión, pues cree que sin agua me voy a ahogar de un momento a otro.

¿Me iré volviendo un poco pez por este trato diario con el pez? Ya imito las boqueadas del pez cuando siento algún incomodo, y en la calle, bajo los agobios de la ciudad, hago gestos de quererme tragar una nube, como los peces cuando se les echa migas.

¿Llegaré a ser pez alguna vez? ¿Lo fui en el pasado?

Ese ser independiente que cree estar de incógnito en la vida es difícil de defender.

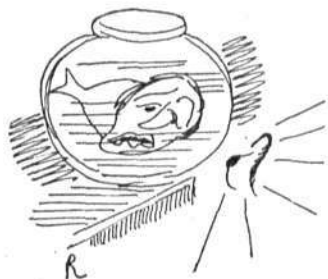
Cuando le he visto enfermo no he podido llamar al veterinario, porque ¿cómo iba a meterse dentro del agua para observarle y medicarle? Los únicos animales que no pueden tener asistencia facultativa son los peces, porque al ser reconocidos por el doctor morirían del reconocimiento.

En vista de eso, una vez que estuvo muy enfermo le di agua hervida, pero entonces se puso a morir de verdad, pues tan reñidos están con esa prescripción que necesitan agua bacteriológica.

Mi primer descubrimiento trascendental ha sido que los peces no comen.

El mío lleva lo menos cinco años sin comer.

Los naturalistas sostienen, sin embargo, que el pez come y que se muere si no come; pero yo puedo sostener que los peces



ayunan siempre y que precisamente se mueren si se les da de comer.

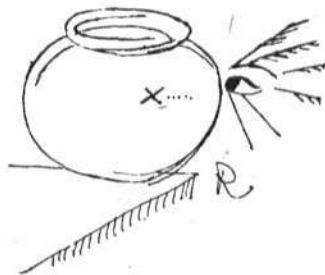
Lo único que necesitan es que haya a su lado un ser de muchas ideas y que les surta de las que se le escapan en sus distracciones.

La "piscilina", que es como se llama la lata de conservas para los peces, les produce el mal verduoso y mortal.

A veces, por humanidad, yo he echado de comer a mi pez, y entonces se ha dado el curioso fenómeno de que ha comenzado a morir.

Quizás el no estar acostumbrado le hizo entrar en una especie de estado comatoso en que oscilaba, no pudiendo conservar esa posición de cortar el agua con verticalidad asombrosa, que es su posición corriente.

El tambaleo en un pez es cuestión de muerte, y por eso



me apresuré a echar sal de frutas en el agua. ¡Qué elocuencia de burbujas durante varios días!

Otro descubrimiento importante que yo he realizado en esta convivencia con los peces ha sido el de su lenguaje. Fue una tarea difícil, pero no hay cosa que no consiga la paciencia humana.

El lenguaje "burbujido" de los peces fué descifrado por mí como lo fueron los jeroglíficos egipcios.

Descubrí que tales burbujas en tal forma y con tal rapidez de emisión querían decir una cosa, y tales otras otra cosa. Me resultó una especie de Morse con burbujas.

Bajo la luz de la noche se repetían las burbujas en una forma que quería decir, indudablemente, "acuéstate", y en los telegramas de madrugada que quedaban escritos en burbujas sostenidas en el copón de la pecera, leía en la mañana peticiones largas, pensamiento de presidiario como "el fastidio me consume", y cuando querían agua nueva se repetía en todo el cristal una combinación de oes en esta forma:



que escuetamente era la fórmula del agua.

No suelen hablar entre sí, o si alguna vez se comunican algo es un recado o testamento que se dictan al oído, dejando el océano a sus niños.

Sus dibujos, su lenguaje, sus